





# EL DIARIO OCULTO DE SARA



Fátima Cano

EL DIARIO OCULTO  
DE SARA



Primera edición: mayo de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Fátima Cano

ISBN: 978-84-17362-62-1

ISBN digital: 978-84-17362-63-8

Depósito legal: M-12356-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Dedicado a mi familia, en especial a mi hijo Leo porque él  
fue mi primer crítico en el momento de finalizar el libro.  
En especial a María, por darme siempre fuerzas y  
animarme a escribir y, a todas las personas que creen en mí.*





Para comenzar a presentarme debería empezar a deciros que soy una chica normal, como cualquier otra. Me llamo Sara, tengo catorce años y nací en Andalucía, tierra mágica de la que nunca quisiera marcharme.

Tengo unos padres... ¡Qué puede decir una adolescente de sus padres! Pues diré tan solo peculiares, sin dejarme, claro está, al insecto molesto de mi hermana pequeña, María.

Para presentar a mi abuela Dolores, me arrodillaría a sus pies. Ella es la única que me entiende y me mimas, nunca hay nada feo en sus palabras, siempre tiene una sonrisa para mí.

Su pelo corto, rizado... Que consigue gracias a los rulos que le ponen en la peluquería cada mes. Ese gris ceniza que le sobresale en la raíz, pero que cuando se cansa se lo tiñe de castaño y me encanta, porque sigue igual de coqueta que cuando era una jovenzuela.

Soy una chica alegre, aunque llevo todo el verano algo extraña, mi familia me trata de manera indiferente, y no ayuda el hecho de no recordar nada de mis días pasados.

Todo es confuso, mi cabeza está repleta de lagunas. Por mucho que intento recordar, se me hace imposible.

Me he pasado el verano sin salir a la calle; tan solo salgo los domingos, cuando vamos a la playa toda la familia.



## LOS ÚLTIMOS DÍAS DE PLAYA

Como cada domingo de verano, nos disponemos a preparar las cosas para ir a la playa. Mi abuela es la primera que se levanta y comienza con la comida. Ella, aunque ya está un poco mayor, tiene más aguante que cualquiera de nosotros. ¡Me encanta abrir los ojos y estirarme sobre la cama mientras huelo el olorcillo a tortilla de patatas que solo ella sabe preparar!

Siempre me dirijo a la cocina con mucho cuidado, porque me gusta asomarme y contemplarla mientras cocina. Ella siempre se da cuenta de mi presencia y, entre las arruguitas de su rostro, su sonrisa pícaro deja al descubierto su sabiduría.

—¿Quién andará por aquí tan temprano? —pregunta mi abuela toda risueña.

—No puedo dormir; estoy emocionada, pero triste al mismo tiempo. Hoy será nuestro último día de playa, mañana comienzan las clases.

Mi abuela deja de remover por un instante la salsa de las albóndigas y se acerca hacia mí, para deleitarme, como siempre, con sus sabias palabras.

—¿Es tu último día de playa lo que te preocupa? o ¿tener que ver de nuevo a tus compañeros?

Ella lo adivina todo, a veces creo que nació con alguna especie de radar, o que realmente posee algún tipo de don mágico.

Nunca le conté lo que pasó aquellos últimos días de clase. Por mucho que lo pienso, no es de mi entender.

Intenté explicárselo a mis padres varias veces, por si podían ayudarme a recordar, aunque últimamente están demasiado ocupados con sus cosas, o con María.

Yo no soy una chica muy popular; más bien soy invisible para todos, aunque, tiempo atrás, no era así.

Yo tenía muchas amigas, pero poco a poco me fueron dando de lado. También tenía un chico, del que estaba y sigo enamorada, pero me rompió el corazón en mil pedazos. Ella era mi mejor amiga y no entiendo cómo pudieron hacerme eso.

—No te preocupes. Ya verás que muy pronto todo se arreglará.

Estas palabras, me las repite mucho, pero no las entiendo. Mi abuela dice que todo depende de mí. Que tengo que abrir los ojos y descubrir la realidad, pero cuando quiero indagar más, ella cambia la conversación.

—¿Has visto qué ricas han salido hoy las albóndigas?

—¡Sí, abuela! ¡Huelen que alimenta!

La encimera de la cocina se encuentra como cada domingo, repleta de envases llenos de comida. Comenzando por la tortilla de patatas, continuando por las albóndigas, papas aliñadas, alitas fritas... Sandía, melón...

Hay veces que dudo a dónde vamos en realidad, si a la playa o de acampada, pero así es mi Abu (la llamo cariñosamente de esta manera).

No le gusta que nos falte de nada; por eso, y mucho más, es por lo que la quiero tanto.

Me encanta contemplarla en la playa cuando se mete en el agua, vestida con la típica bata que llevan todas las abuelas. Al profundizar más en lo hondo..., la bata comienza a inflarse como un globo.

Cuando me siento en la orilla y observo a lo lejos, pareciera que estoy contemplando boyas gigantes. Sobre todo, cuando se juntan varias abuelas infladas. Lo mejor de todo, cuando mantienen una conversación a gritos. Porque cuando se acercan mucho sus batas chocan entre sí, haciéndolas rebotar como en los coches de choque.

—¡Abuelita, abuelita! ¿Nos marchamos ya? ¿Nos vamos? —grita María, brincando sin parar.

Ya decía yo que estábamos muy tranquilas. Ya está aquí, el insecto de María.

María es una niña de cuatro años muy inquieta, tiene el pelo castaño oscuro como yo y unos ojos muy profundos. No para ni por un segundo y, aunque a mí no suele hacerme mucho caso, le gusta entrar en mi habitación para tocarlo todo.

Sí que es verdad que, cuando eso pasa, papá y mamá se enfadan mucho con ella. Por una vez, se ponen de mi parte, aunque también se enfadan cuando María les habla de mí.

Pienso que no les gustó lo que hice a finales del curso pasado, porque desde entonces ya nada es igual aquí, en casa.

—¡Buenos días, mamá! Ya te he dicho muchas veces que te esperes para que te ayudemos a preparar las cosas. ¡Qué impaciente es esta mujer! —esos son los fabulosos buenos días de mi madre a mi Abu.

Tienen un carácter muy distinto, por lo que suelen discutir mucho.

En un instante, paso de estar tan a gusto a estar rodeada de gente por todos lados, nerviosos por terminar de prepararlo todo y podernos marchar a la playa.

¡Ah! Se me olvidó Cora, mi gata preciosa. Blanca como la nieve más pura, con enormes ojos, cada uno de un color. Ella tampoco quiere saber nada, cuando me acerco sale corriendo, con los pelos en punta, esta familia se pone de acuerdo para hacerme la vida imposible. ¡Para que luego digan que los adolescentes somos insoportables!

Mejor me voy a mi habitación a ponerme el bañador tranquila, pero últimamente no encuentro nada. No entiendo por qué está todo cambiado de lugar.

Cuando abro el tercer cajón del armario, encuentro por fin mi bañador. Pero claro... ¡Todavía no le han arreglado el agujero! Estas son las cosas que me desesperan. María lleva todo el verano estrenando cada dos por tres traje de baño y yo sigo con el mismo;

para rematar no me lo arreglan. ¡Voy a relajarme un rato con mi diario antes de ponerme a gritar como una loca!

Cojo el diario e intento abrirlo, entro en pánico porque no puedo. ¿Y ahora qué? Era mi única huida, siempre escribo cuando estoy nerviosa o me encuentro mal, seguro que todo esto es por culpa de María. ¡Esto no va a quedar así! Hablaré con mamá.

—¡Mamá! ¿Se puede?

Mi madre está en su habitación, sentada sobre la cama. Se llama Isabel, es una mujer muy guapa, con los típicos rasgos de la andaluz de pura raza. Como otras veces, sujeta entre sus manos una foto que nunca consigo ver. Lo peor de todo es no poder hablar con ella, porque siempre termina llorando.

—Sara, deja a tu madre sola —mi Abu, siempre pendiente de lo que hago.

Pues nada, tendré que ponerme el bañador roto, e intentar disfrutar del último día de playa.

## LA VUELTA A CLASE

—¡Sara! ¡Despierta!

Mi Abu, me avisa como todas las mañanas.

Antes, era mamá quién venía a darme los buenos días con un beso, y luego papá me llevaba al instituto. Ahora me levanta mi abuela y me tiene preparado un rico desayuno, ¡ella sí que me mima!

—¿Cómo te encuentras hoy, Sara? ¿Estás preparada para tu regreso?

—Tengo miedo, miedo de verlos juntos de nuevo, miedo de ser indiferente para todos...

—Tienes que ser fuerte, hija mía, e intentar recordar.

¿Recordar? Esa palabra está prohibida para mí. Desde aquel día, mi mente se inundó de lagunas, quizás para no recordar algo muy doloroso. Pero lo que está claro es que si no recuerdo, me volveré loca porque nadie me ayuda.

Mis padres no me hablan, mis compañeros tampoco, ni los profesores...

¿Qué ocurrió aquel día para ponerlos a todos en mi contra? ¡Si al menos pudiera abrir mi diario! Seguro que escribí algo en él, que me ayudaría a recordar.

—Abuela, solo sé que sentí mucho dolor cuando me traicionaron. Después de aquello no recuerdo mucho más, pero algo ocurrió, estoy segura, porque a raíz de aquello mi vida se convirtió en una pesadilla.

—Vete ya, mi niña, no esperes a tu padre, porque sabes que él no te llevará —me dice Abu con mirada triste.

Pues sí, mejor me voy caminando sola. Papá se levanta temprano para ir al trabajo, de hecho, al salir yo por la puerta, él salía del baño para dirigirse a la cocina.

—¡Dolores, qué hace tan temprano levantada, mujer! Ande, vuélvase a la cama —mi padre siempre se preocupa mucho por la abuela.

Abu, agacha la cabeza muy triste y se vuelve a la habitación para acostarse un ratillo más.

Mi padre, Juanillo para los amigos, se toma su café y unas tostadas con aceite mientras repasa los informes.

Papá es médico forense, aunque a mí, eso de estar rodeada de cadáveres, siempre me ha dado mucho miedo.

Él es un hombre muy valiente. Tiempo atrás, cuando conversábamos más a menudo, me sentaba a escucharlo durante horas mientras me contaba todo lo que había sucedido durante su turno. Historias que parecían extraídas de novelas de terror, en verdad mi padre es un héroe para mí. Pero echo en falta sus besos en la mejilla, sus abrazos y el pasarnos horas hablando sin parar.

Aunque el camino a clase es largo, he llegado sin darme cuenta en un plis, pero no me ha servido de nada porque he llegado tarde.

Aunque salga temprano de casa, no me da tiempo a llegar a la hora. Vivo a mucha distancia y... ¡no son capaces ni de darme dinero para el autobús!

Los largos pasillos del instituto están desiertos, todos están en clase. ¡Vaya manera de comenzar el curso! ¡Ahora todos se burlarán de mí! Lo peor es que me tocará el pupitre más alejado de la pizarra.

—¿Tú también llegas tarde? —dice alguien tras de mí.

Esa voz procede de aquella chica de allí, me parece que no la conozco ni la había visto antes por aquí. Quizás sea nueva y venga de fuera, porque las pintas que lleva son un poco raras.

Es una chica muy esbelta, de pelo rizado negro. Su piel es demasiado blanca para pertenecer a mi querida Andalucía, y su manera de vestir... Pareciera que se perdió las últimas tendencias o



que le robaron la tele, porque se quedó atascada en el vaquero que le llega casi a la altura de las axilas, sin contar las cejas anchas que por milímetros no terminan de saludarse.

—¡Hola! ¿Nos conocemos? No te había visto antes por aquí. ¿Eres nueva? ¿Quizás de primer curso?

—Me llamo Estela y voy a tercero B, yo sí te había visto antes.

—Ah, pues encantada, pero voy entrando a clase, antes de que me pongan una falta el primer día.

¡Eso me faltaba! Comenzando curso y que se quejaron a mis padres. ¡Cómo no están ya bastante enfadados conmigo! Pues faltaría ya eso.

—Toc, toc... —golpeo la puerta con cuidado.

—¿No te abren? —comenta Estela algo curiosa.

—No te preocupes, habrán comenzado con la clase y no se enteran, será mejor que me espere al cambio de asignatura para no interrumpir, por cierto, me llamo Sara.

—Encantada. Si quieres puedo quedarme contigo, tampoco quiero interrumpir la clase.

Me gusta esta chica, es simpática y muy agradable. Con ella se puede hablar de casi todo, aunque no hemos profundizado mucho en su vida.

Sigo sin saber cierto quien es, pero hay algo en Estela que me inspira confianza. Estando junto a ella, se me ha pasado la hora volando.

—Bueno, ya parece que terminan, voy para clase. Nos vemos pronto, Sara.

No me ha dado tiempo de despedirme bien de Estela, porque ya han abierto la puerta. Ahora seré valiente y buscaré el pupitre que quede vacío.

Primero, voy a contarle a la profesora lo que ha ocurrido. Por el camino, al entrar, ha pasado a mil por hora por mi lado, parece que tenía prisa.

Aquí, en clase, todo sigue igual. Los mismos grupitos, que se cuentan todo lo que han hecho durante el verano.

Me acercaría a mi pandilla de antes, pero ni siquiera me han mirado cuando he entrado, mejor me siento en el pupitre del fondo y paso de todo.

Allí está Lucía, mi antigua mejor amiga. Sigue con sus aires de grandeza y luce un nuevo *look*.

Ahora lleva el pelo corto, teñido de rubio. La minifalda que lleva, más bien podría usarla de cinturón. ¡Quién iba a pensar que me clavaría una puñalada por la espalda! Ella sabía que estaba colada por Joel, que mi vida no tenía sentido sin él.

Le contaba todos mis secretos, secretos que, aparte de ella, solo mi diario sabía. Fue testigo de los años que he pasado suspirando por él, hasta que por fin conseguí que se fijara en mí.

Aquella tarde que los encontré besándose en aquella cafetería, sentí como nuestro cuento de hadas se convertía en una auténtica pesadilla.

A partir de ahí, mi mente se encerró en un caparazón para no sufrir. Perdí parte de mi vida porque no recuerdo nada. Tengo meses perdidos que no sé cómo recuperar, para poder reconstruir aquella parte de mí y conseguir entenderlo todo.

No sé si seguirá con él, no los he visto en todo el verano. De hecho, no he salido de casa, ¡para qué!

Joel va a otra clase, quizás luego me lo encuentre en el patio o por los pasillos, tengo que ser fuerte.

A lo largo de estas primeras horas de clase, solo he podido pensar en él. Ahora, que por fin se han acabado, muero por salir al patio a respirar un poco de aire fresco.

Los pasillos están repletos y son muy agobiantes, se juntan muchas conversaciones, murmullos, y no me gusta porque me siento sola.

Todo el mundo tiene a alguien con quien hablar, y a mí no se me acerca nadie. Lo peor es que no estoy preparada para dar el paso de ser yo quien se aproxime, para iniciar una conversación. Quizás por miedo a ser rechazada o, quizás, por miedo de saber la verdad.

Prefiero sentarme aquí en un rincón, y así podré disfrutar mejor del bocata de chorizo que me ha preparado Abu, con tanto amor.

Casi me atraganto cuando a lo lejos veo a Joel, con su grupo de amigos. Sigue tan guapo como siempre y mi corazón late con la misma intensidad, al igual que aquel primer día, en el segundo año de infantil.

Recuerdo su carita, su pelo rubio rizado, sus ojos azules como el cielo de verano y sus lágrimas cayendo, cuando su madre desapareció por aquella puerta. Eran nuevos en la ciudad y, como cualquier niño de cuatro añitos, se sentía indefenso y asustado.

Yo no dudé en quitarle el babero a mi muñeca, para poder secarle aquellos mofletes sonrojados. Desde aquel día, comenzó un vínculo muy especial entre nosotros y, hasta el día de hoy, yo sigo enamorada de él.

—Hola, Sara, ¿puedo sentarme contigo?

—¡Estela! Sí, claro, no pude despedirme de ti y pensaba buscarte.

—¿Por qué estás aquí, tan alejada de los demás? He estado observándote y pareciera que huyeras de la gente.

—En cierto modo sí, no estoy preparada para acercarme a ellos.

—¿Te ha pasado algo, Sara?

¡Y cómo le explico yo a Estela si ni siquiera yo entiendo nada! Seguro que si le comento algo saldrá huyendo, porque pensará que soy una loca. ¡No quiero perderla a ella también!

—Estela, prefiero no tocar este tema, por favor.

Ella es una chica muy buena. Me respeta y, sin pedirme explicaciones, sigue a mi lado en silencio mientras yo sigo contemplando a Joel, pero no tardo en ponerme nerviosa, cuando veo a Lucía y a su súper pandi pasear por el patio. Lo extraño es que pasa por su lado y ninguno cruza una mirada. ¿Quizás ya no están juntos?

—Estela, ¿conoces a Lucía o a Joel?

—Os conozco a todos de veros por aquí, pero nada más.

Bueno, supongo que ella no sabrá nada. Es buena chica, pero un poco rara.

Al igual que yo, no se acerca a nadie y pareciera invisible también, así que no me servirá de mucha ayuda.

Me voy a la biblioteca un rato y me relajo leyendo, algún fragmento de un buen libro. Pero no me dará mucho tiempo, casi se ha cumplido la media hora de patio.

—Adiós Estela, ¿nos vemos luego?

—Sí, claro; luego te busco, cuando terminen las clases.

## MISTERIOS OCULTOS

En la biblioteca hay que entrar con mucho cuidado, en la recepción se encuentra *la cucaracha amargada*.

A esta profe la llamamos así porque siempre va vestida de negro. Pensamos que tiene más años que las momias de Egipto, y no por su edad, porque no tendrá más de cincuenta, pero sí por sus estropeados rasgos. Sin contar que es una agria a la que se le olvidó cómo se tiene que sonreír.

Se rumorea que hace años, cuando ella ejercía de profesora por las aulas (antes de ser desterrada a la biblioteca), una hija suya, alumna de este instituto, fue brutalmente asesinada.

Desde entonces no ha levantado cabeza y pensamos que perdió un poco la razón, porque dice cosas incoherentes.

Yo no suelo mediar palabra con ella, bueno, nadie lo hace, porque le tienen miedo.

Al pasar por el mostrador he tirado un libro sin poder evitarlo.

—¿Quién está ahí?

—Mm... Soy Sara, de tercero A. Lo siento, no quería tirarle el libro.

—¡Malditos críos, siempre están con las bromitas pesadas! ¡Ya os encontraré, bastardos!

—¡No, señorita, le he dicho que he sido yo sin querer!

Esta profe está como una cabra; además de loca, cegata, porque de sorda no tiene un pelo, lo que me faltaba para completar la mañana.

Voy a recoger el libro para que no diga nada más.

Al ponerlo de nuevo en el mostrador de recepción, he leído el título y parece interesante, voy a cogerlo sin que se dé cuenta y ya lo devolveré más tarde.

He visto que al fondo hay una mesa vacía, allí podré sentarme tranquila y podré disfrutar de diez minutos de lectura, hasta que nuevamente suene esa chirriante alarma. En vez de avisarnos para volver a clase, parece que ha estallado una guerra mundial y tenemos que ponernos todos a cubierto.

Veamos, el libro tiene de título... ¡Uh, pero esto no es un libro!

He leído antes... *Asesinato sin resolver*, pero en verdad se trata de un expediente de la policía.

En menudo lío voy a meterme si no devuelvo esto a recepción, pero antes voy a echarle un vistazo. ¡Soy demasiado curiosa!

En la primera página salen los datos de la víctima, pero está tan estropeada que apenas puedo leerla. Lo que sí veo es el nombre de la Cucaracha... ¡Catalina...! ¿Pero esto qué es? ¿No será el caso de su hija asesinada? Yo no puedo conservar esto, ¡tengo que devolverlo de inmediato!

Me acerco con cuidado nuevamente a recepción; cuando casi logro poner el expediente de nuevo sobre la mesa, la alarma chirriante suena haciendo que todos los alumnos de la biblioteca salgan a toda prisa. Catalina alza la cabeza y yo me quedo inmóvil sin saber qué hacer ni qué decir.

Ella me mira fijamente o al menos eso parece, porque no vocaliza palabra alguna. Cuando agacha de nuevo la cabeza, yo aprovecho para salir corriendo.

En mi huida, me doy cuenta de que un papel se ha caído del expediente y yace sobre el frío suelo. Ya no hay tiempo de recogerlo, para volver a meterlo entre las hojas, no me queda otro remedio que llevármelo.

Corro sin aliento por los pasillos, nuevamente llego tarde y no tengo ninguna excusa.

Casi cuando estoy llegando tropiezo fuertemente con alguien, haciendo que mi cuerpo se precipite contra el suelo sin control y el

papel se escape de entre mis dedos, reposando suavemente sobre las manos de esa silueta todavía desconocida, mis ojos se han nublado por el fuerte impacto.

—¡Sara! ¡Sara! ¿Te encuentras bien? —esa voz me suena.

—¿Estela? Espera un momento, comienzo a recuperar la vista, aunque sigo un poco aturdida.

—Menudo golpe te has dado, ¿de dónde venías tan a prisa?

—¿Y tú estás bien? ¿Me he golpeado contra ti? Llegaba tarde a clase, bueno, más bien llego nuevamente tarde.

No entiendo cómo estoy aquí en el suelo, aturdida, y ella está tan fresca. ¡Quizás tome muchas vitaminas! Debería preguntarle qué marca usa, me vendría bien un chute cada mañana.

—Sara, yo te he encontrado en el suelo, creo que te golpeaste con alguna taquilla.

Espera un momento, ¿con una taquilla? En mitad de los pasillos no hay porque están sujetas a las paredes. ¿Desde cuándo las taquillas se desplazan solas y van golpeando a la gente? ¡Esto es de locos!

—Estela, yo me tropecé con alguien, y si no ha sido contigo, fue otra persona y salió huyendo.

—Bueno, no te preocupes, lo importante es que te encuentres bien. Te ayudaré a levantarte.

Me incorporo con cuidado, pero parece que me falta algo... ¡El papel!

—¡Estela! ¿Dónde tienes el papel?

—Pienso que te golpeaste bien la cabeza, no sé de qué me hablas —Estela parece muy tranquila, puede que no mienta.

—¡Alguien se lo llevó, y me puedo meter en un lío si no lo devuelvo!

—¿Recuerdas qué era? ¿O qué había escrito? —pregunta Estela algo preocupada.

—Creo que era una especie de anuario, ¡sí! Eran fotos de unos alumnos, y creo que la fecha era del año 1994, de hace veinte años.

—¿De dónde lo cogiste, Sara? Volveremos al lugar, por si podemos averiguar algo.

No creo que le haga mucha gracia acompañarme a la biblioteca, a nadie le gusta. Los únicos que van, son los empollones o a los que nos gusta leer y escribir.

A mí me encanta escribir, estoy segura de que algún día seré una escritora muy famosa, pero hasta entonces, me tengo que conformar con escribir en mi diario.

En casa es imposible concentrarse y cuando me viene alguna inspiración, algo la interrumpe. Debería existir un lugar, solo para los que queremos escribir grandes cosas. Un lugar sin hermanos pequeños, sin padres que no te comprenden, sin gatos que se comen tus apuntes, ni compañeros que se burlen de ti, por ser una soñadora.

—Tenemos que ir a la biblioteca. No tienes que venir si no te apetece, lo entiendo, además no vas a perder otra clase más por mi culpa.

—Ya la tengo perdida, y tengo que reconocer que... ¡Me encantan los misterios! —Estela responde alegre y muy convencida.



## EL GUARDIÁN DE LOS LIBROS

Llegamos lentamente a la biblioteca, con mucho cuidado de no hacer ruido. Catalina no está en recepción, quizás haya ido al baño.

Aprovechamos para revisar todos los libros que se encuentran sobre el mostrador. Por el camino le he contado a Estela lo que vi durante el patio, mi preocupación de encontrar el anuario y devolverlo. Si alguien pudo verme cogerlo, podrían acusarme por la desaparición del papel. No quiero más problemas, tan solo quiero vivir tranquila y volver a recuperar mi vida anterior.

El informe no está, seguro que pertenece a Catalina y ya lo guardó, ¿se dará cuenta de que falta el anuario? Ya verás que termino en dirección con el diablo de Alejandro.

Así llamamos al director, porque en verdad pensamos que procede de las profundidades del infierno.

Es un hombre que impone tan solo con su presencia. Tiene una figura muy corpulenta, y su forma de vestir no es la típica seria de cualquier otro director que se precie.

Él viste muy informal y se rapa la cabeza, cosa que no entiendo, porque sí que se deja esa barba gris y el bigote. Tiene un tatuaje muy extraño en la nuca, son como letras en otro idioma y un símbolo que parece egipcio.

—Sara, ¿estás segura de que estaba aquí? —Estela no para de rebuscar entre los libros sin encontrar nada.

—Sigue buscando, yo miraré por otras mesas.

Me dirijo a todas las mesas por si alguien lo hubiese cogido por error, al igual que me pasó a mí, pero un ruido extraño acapara mi

atención. Procede de los pasillos que dividen las estanterías repletas de libros, ¿será Catalina? Será mejor que vaya a ver con mucho cuidado.

Casi reptando entre los pasillos, me paro apoyada en una estantería. El ruido procede del pasillo paralelo a este, si quito algún libro de aquí, seguro que podré observar lo que ocurre al otro lado.

El primer libro que encuentro, *Don Quijote de la Mancha*, una gran obra, sin duda alguna. Al quitarlo, observo con cuidado y me percato de que hay un hombre anciano por sus apariencias.

Lleva el pelo por los hombros, de un gris oscuro, y su ropa... ¿Hay algún concurso de disfraces y no me he enterado? Parece sacado de la Edad Media y no creo que sea ningún profesor.

—¡Puedes salir de ahí, chiquilla! —comenta el anciano mientras sostiene un viejo libro entre sus manos; se podría decir que ambos comparten la misma edad.

Yo, sorprendida, salgo con cuidado, no entiendo cómo ha podido verme con esos ojos nublados por cataratas.

—Perdone, no quería molestarlo, me llamo Sara. ¿Puedo saber quién es usted? —como siempre, mi inquietud por saber es más fuerte que el miedo a lo desconocido.

—Soy Aurelio, el guardián de los libros.

¿Guardián? ¿De los libros? Hay mucho loco suelto por el mundo, sin duda alguna.

—Oiga, perdone mi atrevimiento. ¿No andarán buscándolo de algún geriátrico, por casualidad? Lo digo, por si se ha perdido y quiere que llame a algún familiar.

El anciano me sonrío y se dirige hacia mí con aquel libro en la mano, me lo da y desaparece entre los pasillos, como la lluvia absorbida por la tierra fértil.

—¡Pero! ¡Señor! ¿Dónde está? —me ha dejado con este libro pegajoso y no sé qué hacer con él.

Saco del bolsillo un pañuelo que llevo siempre bordado por mi Abu, no lo suelo usar porque lo llevo como amuleto de la suerte.

Es de color blanco inmaculado, pero por poco tiempo. Lo voy a usar para limpiar un poco la portada de este libro maloliente.

Cuando lo hago, puedo ver su título... Da miedo con solo leerlo y, al pronunciarlo, un escalofrío recorre todo mi cuerpo: *Símbolos y rituales Satánicos*.

—¡Sara! ¡Mira lo que he encontrado en el interior del mostrador de recepción!

¡Esta chica me pega unos sustos! Aparece de la nada y... ¡Ala!... ¡Ya he tirado el libro al suelo! Seguro que no hay quién lo despegue de la mugre que lleva.

—Mira, Sara, es una foto, estaba en el suelo del mostrador. Tienes que ser valiente para ver esto, porque es muy fuerte.

¿Valiente? Después de todo lo que me está pasando, ya nada puede sorprenderme.

Sujeto la foto entre mis manos y me doy cuenta de que es de la chica asesinada, apenas se puede apreciar su rostro, está completamente desfigurada y cubierta de sangre. ¿Quién pudo hacerle aquello tan horrible? Ahora entiendo a Catalina y su locura.

—Seguramente la foto cayó del expediente... ¿Sara? ¿Sara?

No creo que le guste a la conserje lo que le estoy dejando en el suelo, se me ha revuelto el estómago con tanta sangre y tanta carnicería.

—Estela, pienso que debo contárselo al director. Quizás si le digo cómo sucedieron las cosas, no se enfadarán tanto, y si es necesario le pediré disculpas a Catalina.

—¿Quieres ver a Alejandro? ¡No vayas! ¡Sara, por favor, no vayas con él!

Esta chica me sorprende a cada momento, está temblando más que el flan de un camarero cojo.

—Si no quieres que vaya sola, acompáñame y mira... te enseñaré un libro que he encontrado.

Cojo con cuidado el libro del suelo sujetándolo con el pañuelo, supongo que cuando Abu lo vea, lo echará en lejía unos cuantos días.

Se lo enseño a Estela, que sigue pálida desde que le he nombrado al director, ya sé que ese hombre da miedo, pero tampoco es para ponerse así.

—Mira, Estela, es un libro de símbolos y rituales satánicos, ¡no sé qué hacer con él!

—Llévartelo a casa, échale un vistazo, y también la foto —me alarga sus largos brazos y me da la sangrienta foto.

—¡Pero yo no puedo llevarme la foto también! ¡Me expulsarán por haberme llevado ambas cosas!

Primero el anuario y ahora la foto, soy adolescente muerta si se enteran mis padres.

—¡Ssh! Sara, se acerca alguien. ¡Seguro que se trata de Catalina!

¡Ahora ya no hay tiempo que perder! Debo coger el libro, la foto y a Estela, para salir de allí como alma perseguida por el diablo.

Al intentar salir nos damos cuenta de que Catalina ya ocupa su lugar en recepción. Aquellos pelos estropajosos de color rojizo son visibles desde la otra punta de la biblioteca, no nos queda otra que arrastrarnos por debajo del mostrador, lo más seguro es que no nos pueda ver ni aun llevando esas gafas de pantalla panorámica.

Cuando por fin llegamos a los pasillos, mi corazón deja de golpearme con tanta intensidad. Hace un instante, parecía que algo me arrancaba el pecho desde su interior, pero ya pasó el peligro.

—Sara, ¿qué hacemos? ¿Volvemos a clase?

—Están dando la última asignatura, yo no voy a interrumpir, me siento agotada y quiero irme a casa. ¿Quieres que te acompañe a la tuya?

—¡No!... Mm... Sara, yo no puedo marcharme todavía, nos vemos mañana y acuérdate de echarle un ojo al libro, para que me cuentes con todo detalle.

Pues no entiendo por qué no quiere que la acompañe, además, ¿qué tiene que hacer sola por los pasillos?

No me ha dado tiempo ni de bajar de las nubes, ha desaparecido a toda prisa y no he podido ver hacia donde se dirigía. Como siempre mi curiosidad puede más que yo, así que he decidido echar un vistazo antes de que finalice la última clase.